

POLICIA CIENTIFICA



El sargento-detective Plouffe pasa innumerables horas en su laboratorio de la policía de Montreal, ocupado en la investigación y estudio, con arreglo a las técnicas más evolucionadas, de cuantos indicios descubre en sus desplazamientos.

HACE poco, la policía de Montreal fue llamada para investigar un misterioso tiroteo acaecido en un sala de operaciones del cuarto piso del edificio «Medical Arts», situado en pleno centro de la ciudad. Alguien había disparado desde el exterior, en el transcurso de una intervención quirúrgica. Se ignoraba quién, y desde dónde, habían hecho los disparos; se ignoraba igualmente a quién iban destinados.

Incluso si los interrogatorios de las personas que se encontraban en el lugar en el momento del incidente no arrojaban ninguna luz sobre el asunto, la policía municipal estaba en la obligación de encontrar al culpable y detenerlo. Se llamó al sargento-detective Léo Plouffe, que, provisto de una lupa y de una cinta métrica, escrutó minuciosamente la pieza y las perforaciones producidas en las paredes. Gracias a sus grandes conocimientos en balística y a unos complicados cálculos, una hora más tarde le policia estaban en situación de poder llamar a la portera de una casa situada a más de un kilómetro de distancia y de detener al franco-tirador, el hijo del portero, que se entretenía en disparar a los pájaros.

Ni que decir tiene que el muchacho no había imaginado que aquellos de sus proyectiles que fallaban o sobrepasaban la diana habían ido a incrustarse en las paredes de la sala de operaciones y que habrían podido matar al cirujano, a las enfermeras, o al enfermo que había venido precisamente con la esperanza de prolongar su vida...

Desde hace algún tiempo, en la escena de los crímenes que se producen en Montreal, se encuentra cada vez con más frecuencia a policías del estilo Sherlock Holmes, lupa en mano, hablando poco y recogiendo minuciosamente todos los objetos que les parecen sospechosos. Son los miembros de la brigada de la policía científica, conocida también como el equipo del laboratorio.

La policía científica empezó a trabajar en Montreal, muy modestamente, hace unos diez años. Su misión, entonces, era la de obtener los indicios materiales de los crímenes y llevarlos al laboratorio médico-legal de la policía técnica de la provincia. Todos los peritajes médicos se ejecutaban todavía allí, pero la policía de Montreal posee ahora su propio laboratorio.

Dirigida por el sargento-detective Plouffe, la brigada, que no tiene más que cuatro agentes, lleva a cabo un trabajo que, en Nueva York, por ejemplo, debe ser confiado a tres brigadas. Su primera misión consiste en obtener los indicios, examinarlos y sacar de ellos las informaciones útiles para proseguir la investigación. Se ocupa también de desmontar y manipular los explosivos, trabajo siempre muy peligroso. Se recurre a ella, por último, en los casos de urgencia, como cuando se trata de reducir a un loco, a un criminal peligroso o recalcitrante... Sus miembros son los encargados de arrojar en los tumultos las bombas lacrimógenas o de utilizar las metralletas. También tienen el encargo de rescatar el cuerpo de los ahogados, los vehículos o cajas fuertes hundidos en el agua, y de encontrar a los niños que desaparecen o caen en los canales.

El invierno pasado, dos niños —Richard Roberge, de cuatro años, y su hermana Linda, de dos— desaparecieron en Montreal. Se encontraron huellas de pasos infantiles, no lejos de su casa, sobre el hielo que cubría el río. Se temió que los niños hubieran caído por una fisura del hielo y se hubieran ahogado, pero también era posible que estuvieran vivos, en un islote de hielo flotando a la deriva. La brigada logró, en menos de una hora, comunicar con el primer avión que debía sobrevolar la región, y le pidió que volase sobre el río. El aparato hizo cinco pasadas, a ciento cincuenta metros de altitud, sin resultado. Entretanto se recurrió también a la base aérea de Saint-Hubert y a la compañía Autair, de Dorval. Los primeros proporcionaron dos aviones, los segundos un helicóptero. Los tres aparatos llevaron su investigación hasta el lago Saint-Pierre. El hielo, dada su velocidad de despla-

miento, podía en efecto haber llegado ya a aquellos parajes. Para mayor seguridad, la brigada pidió ayuda a los rompehielos «D'Iberville» y «Ernest-Lapointe», para que buscaran el río en los dos sentidos. Las búsquedas resultaron vanas, porque, como se supo más tarde, los niños ya se habían ahogado cuando aquellas se iniciaron. En todo caso, esto dio ocasión a la brigada de demostrar de que era capaz.

Los policia-técnicos de esta brigada deben estar al corriente de los trabajos científicos que se realizan en el mundo, para poder saber en todo momento a qué ciencia deberán recurrir para intentar resolver cada crimen. Más pronto o más tarde, todas las esferas del conocimiento humano acaban por intervenir en la busca del criminal. Al día siguiente de haber desmontado una bomba que amenazaba explotar en un casillero de la Estación Central, el sargento-detective Plouffe era llamado para resolver un robo de varios miles de dólares de té...

Una vez más se había intentado en vano que hablasen los testigos. No quedaba más que «hacer hablar a los objetos», en este caso una caja de té encontrada en un lugar insólito. Para colocarse en el estado de ánimo más conveniente, el sargento-detective Plouffe, bebedor inveterado de leche, empezó a beber té. Al mismo tiempo, leyó una serie de obras técnicas sobre los diversos procedimientos de cultivo y empaquetado de las hojas de té. Finalmente, después de muchísimos volúmenes y de un número aún más elevado de tazas, encontró la clave del enigma. Al llegar de Ceilán, el té es expedido directamente a un almacén de Montreal, donde una máquina abre automáticamente todas las cajas de madera que lo contienen. Es sabido que una gran cantidad desaparece pero nadie conoce en qué momento preciso se realiza el robo. Gracias al descubrimiento de la caja-indicio, que había sido abierta a mano, el sargento-detective Plouffe pudo establecer en qué momento de las operaciones de entrega se cometió el delito: en el transcurso del transporte desde el barco al almacén y antes de la llegada de la caja a la abridora automática. Al mismo tiempo se descubrió una red de ladrones y revendedores de té. En cuanto a Léo Plouffe, éste fue el único período de su vida durante el que bebió té. Después de este golpe maestro, volvió inmediatamente a beber leche...

Si los miembros de las brigadas técnicas no se muestran tan partidarios como los restantes detectives, de hacer hablar a los testigos humanos, es porque poseen el arte de hacer hablar a las manchas de sangre sospechosas, a la saliva, la cera, el barro —huellas de pasos y neumáticos—, a las señales dejadas por una herramienta o un arma. De los indicios más pintorescos, estos hombres son capaces de deducir más datos que los que podría proporcionarles el mejor testigo ocular del mundo. Su ciencia no es autónoma, al no tener aún reglas perfectamente establecidas. Debe recurrir a los datos que le proporcionan las ciencias más diversas: biología, botánica, química, física, etc... Tiene a su servicio el microscopio, los rayos ultravioleta e infrarrojos, reactivos químicos de cualquier tipo. Las instalaciones de un laboratorio de policía son tremendamente complejas y nunca se puede considerar que estén terminadas.

Para mejor darse cuenta de la ayuda que la policía científica aporta a la justicia, hay que recordar que durante mucho tiempo la confesión ha estado considerada como la mejor de las pruebas. Se recurría a veces a las más espantosas torturas para obtenerla. El tercer grado tiende, afortunadamente, a desaparecer, de lo que hay que alegrarse en todos los sentidos, ya que además de la brutalidad que supone daba lugar muchas veces a confesiones mendaces, inspiradas por el temor.

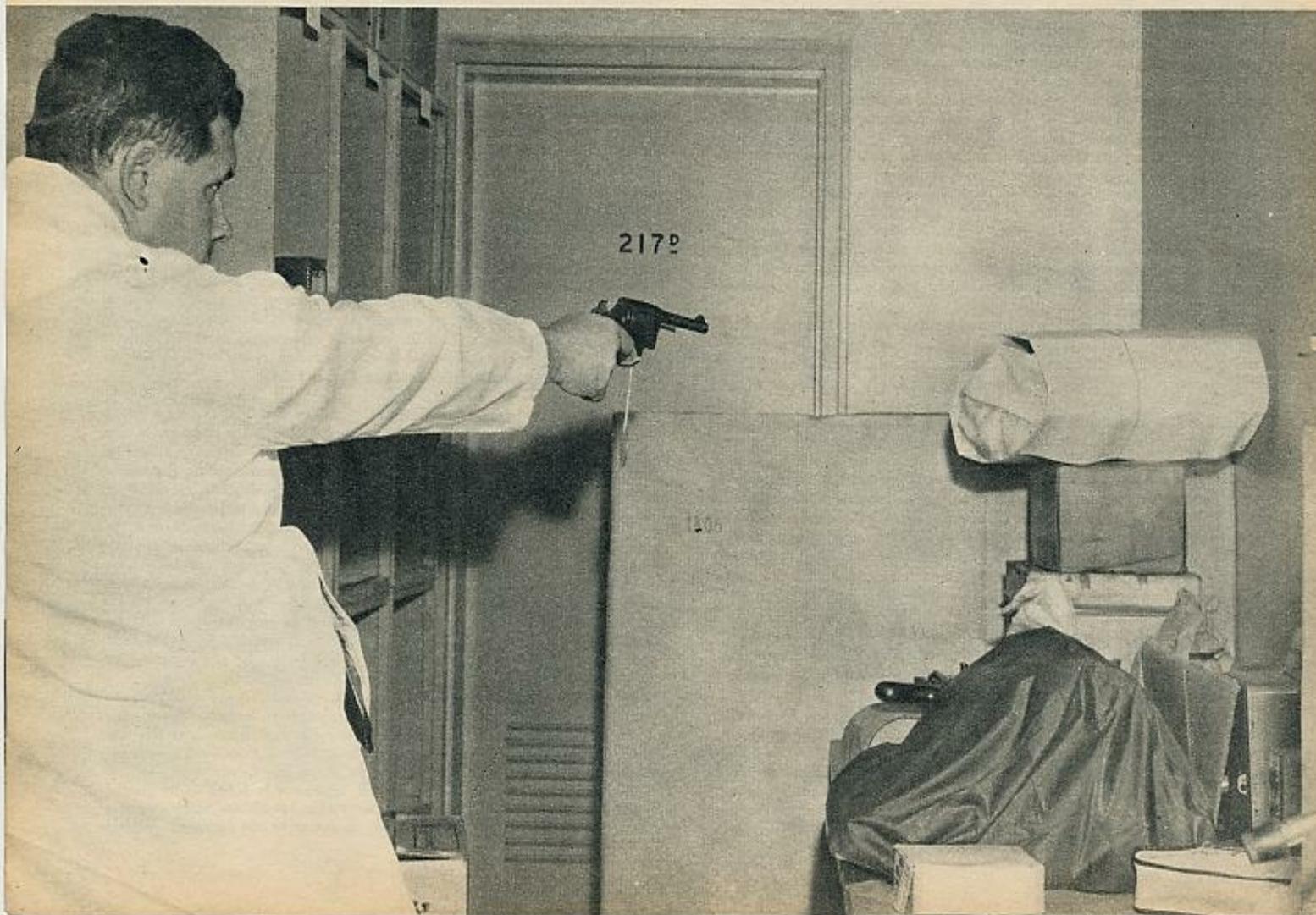
En cuanto al testimonio, la historia enseña que es con frecuencia la más débil de las pruebas. No es que todos los testigos mientan, pero todos pueden equivocarse... Ven u oyen mal, les falla la memoria, su imaginación trabaja demasiado...

Recientemente, la policía fue llamada con urgencia a la puerta de un gran almacén que había sido forzada por unos desconocidos. Los agentes no encontraron a nadie en el establecimiento, pero se fijaron en tres individuos **SIGUE**

POLICIA CIENTIFICA



El sargento-detective Plouffe busca indicios en el capot de un coche que ha sido robado y desmontado para ser vendido en trozos con el fin de hacerlo irrecognocible. Abajo, en su laboratorio, Plouffe hace ensayos de balística para probar que la pistola que empuña ha servido para cometer un acto constitutivo de delito.



sospechosos que se encontraban cerca de él. Incapaces de justificar su presencia en el lugar a una hora desusada, fueron arrestados. No habiéndose deducido del interrogatorio ninguna prueba de tentativa de robo, se les envió a la prisión con el cargo de «vagabundajes». Pero se comunicó el caso a la policía científica y el sargento-detective Plouffe se presentó en el lugar del hecho. Después de un minucioso examen de la puerta destrozada y de los alrededores, observó la huella de un zapato del culpable. El desconocido había colocado el pie cerca de la abertura para tener un punto de apoyo para su palanca. El examen de la huella arrojó que se trataba de un zapato del pie izquierdo, y que la herradura del tacón estaba sujeta por un solo clavo. «Este tacón debe haber perdido su herradura o, si aún no se ha caído, debe llevarla colgando», se dijo Léon Plouffe, y se dirigió al Palacio de Justicia, donde iban a comparecer los tres detenidos. Estos llegaron poco después, creyendo que iban a salir con bien del asunto. Pero el ruido del zapato izquierdo de uno de los sospechosos hizo sonreír al sargento-detective. «Usted es el que ha dado el golpe», le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro. «Eso habría que probarlo», respondió el otro. «Levante el pie izquierdo —dijo Plouffe—. Seguro que su herradura no está sostenida más que por un solo clavo...» «Si lo llego a saber —gruñó el hombre, dándose cuenta de que de nada le serviría negar— me hubiera cambiado de zapatos antes de venir al Palacio de Justicia.»

Es inútil, para un criminal cuya camisa está manchada de sangre, negar su delito y pretender que se trata de una hemorragia nasal o de la sangre de un pollo que ha matado. Para identificar los grupos sanguíneos, la policía técnica posee un vasto arsenal de medios de investigación puestos al día. La saliva, por sus especiales características, puede servir para reemplazar a la sangre, y servir de indicio.

Una colilla de tres meses, recogida cerca de la víctima de un asesinato, ha permitido igualmente descubrir al culpable. No es que por este único indicio se pueda condenar al criminal, pero ha permitido a la policía concentrar su investigación en un solo individuo y librar de sospechas a otras personas que estaban en entredicho.

Los tribunales canadienses, aún poco acostumbrados a pruebas de esta clase, se muestran más bien reacios a aceptarlas. Pero estas pruebas, llamadas «circunstanciales», añaden en todo caso valor a los otros testimonios.

Recientemente, la brigada técnica ha probado que un individuo había estado presente en la escena de un crimen gracias a un botón del abrigo que el hombre había perdido en el transcurso de la lucha. Si bien el botón no probaba perentoriamente que aquel individuo era el culpable, demostraba al menos que el hombre estaba en el lugar de los hechos en el momento en que éstos se produjeron, lo que le hacía imposible pretender ignorar el crimen en cuestión.

Hace unos días, el sargento-detective Plouffe se presentaba en el Palacio de Justicia con un cubo de basura en la mano. Pensando que el fuego lo destruye todo, unos bandidos que acababan de robar 10.000 dólares en un banco habían quemado en dicho recipiente documentos comprometedores que formaban parte de su botín. Las cenizas encontradas en el cubo de la basura fueron identificadas como las de los documentos bancarios buscados.

Con frecuencia, cuando un mal conductor roza o hace caer a un peatón, la escena del accidente no ofrece más que muy pocos indicios: fragmentos del niquelado, o de los vidrios de los faros, raspaduras de la pintura del capot... Es poco, pero este poco basta para la policía de Montreal, que es capaz de averiguar la marca, el año de fabricación y el color del coche y, a partir de ahí, el propietario.

Según el sargento-detective Plouffe, un momento de inatención —incluso los criminales más experimentados pueden tenerlos— basta para reducir a la nada todas las precauciones y encontrar el indicio que hará caer a los criminales en manos de la policía. Pero ocurre a veces que los indicios útiles se destruyen por ignorancia o simple negligencia. Es por lo que se prohíbe a los curiosos aproximarse al lugar de un crimen o tocar las cosas que en él se encuentran, antes de que lleguen los especialistas del «laboratorio». Cambiar de lugar una silla o un vaso, abrir o cerrar una puerta, andar sobre las huellas de pasos dejadas por un sospechoso, privaría para siempre a la policía de un elemento de prueba que puede ser capital. Así ocurrió hace unos años, cuando un reincidente notorio mató al policía Charles Houle. El criminal fue capturado, pero su cómplice pudo escapar, sin dejar, naturalmente, su tarjeta de visita. Sólo se sabía que había salido corriendo, a través de los patios circundantes. La brigada técnica fue avisada varias horas más tarde. A su llegada, el sargento-detective Plouffe constató que el terreno había sido pisoteado por más de cien personas: parientes, amigos, fotógrafos e investigadores aficionados... ¿Cómo encontrar las huellas buscadas entre otros miles de huellas? El patio, cubierto de nieve, constituía ya un verdadero rompecabezas, en el cual ningún objeto podía «hablar». Al estudiar estas huellas mezcladas, el sargento-detective tuvo una súbita idea. «Los curiosos que han estado por aquí no tenían prisa —se dijo—, por el contrario, el culpable, que se sentía perseguido, había debido correr y dejar huellas mucho más profundas.» El sargento-detective examinó la nieve de más cerca y descubrió huellas más distanciadas y más hundidas que las restantes. Estos pasos se dirigían hacia el final del patio, se hundían cada vez más preparando un salto y volvían a aparecer en el patio contiguo. Más lejos se apreciaba que el hombre había empezado a andar en lugar de correr. Pudo así determinarse, por la distancia entre los pasos, la talla del individuo, su peso aproximado, el tipo de calzado que llevaba (con suela de goma) e incluso su grado de uso...

La policía científica está, pues, llamada a jugar un papel cada vez más importante. Todos los grandes cuerpos policíacos del mundo se han dado cuenta de su utilidad en la lucha contra el crimen. El trabajo de estos técnicos es el mismo en todas partes. Por ello, y a imitación de los Estados Unidos, se ha creado en el Canadá, hace algún tiempo, un organismo similar, la «Canadian Society of Forensic Sciences», que agrupa a los expertos de todas las ramas de la investigación policíaca: criminalidad, balística, peritajes médico-legales, química y biología. Este organismo se ocupa de coordinar los métodos de trabajo de los diversos cuerpos de policía: gendarmería real, policía provincial y policías municipales. Otra razón para que los criminales lamenten el que les haya tocado vivir en una época en la que el crimen no sale bien más que en las novelas.

LEN SIRMAN PRESS - ZARDOYA



Todas las precauciones son pocas cuando se trata de ir a enfrentarse con criminales peligrosos. Aunque el camión laboratorio esté protegido contra las balas, el sargento Plouffe endosa un chaleco salvavidas. En la fotografía de abajo vemos al protagonista de nuestro reportaje en el momento de entrar al Palacio de Justicia de Montreal (Canadá) cargado con un cubo de basura que unos atracadores habían utilizado para poder quemar parte del botín.